

ger. Ahora mismo voy antes que os-
curezca aquí á casa de don Simplicio
el escribano, para que esté avisado
y no haya dilacion. A Dios, hechi-
cera.

(Don Gregorio se va por una calle. Doña
Rosa entra en su casa y cierra.)

D^a. ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evi-
tar este golpe?

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(La escena es de noche. Doña Rosa sale de
su casa, manifestando el estado de in-
certidumbre y agitacion que denota el
diálogo.)

DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

D^a. ROSA.

No hay otro medio.... Si me de-
tengo un instante, vuelvo, pierdo la
ocasion de mi libertad, y mañana....
No... primero morir. Declarádoselo
todo á mi hermana y á don Manuel,
pidiéndoles amparo, consejo... es im-
posible que me abandonen. Desde su
casa avisaré á mi amante, y él dis-
pondrá cuanto fuere menester, sin
que mi decoro padezca... (Don Grego-
rio sale por una calle á tiempo que do-
ña Rosa se encamina á casa de su
hermana: se detiene, y al conocerle
duda lo que ha de hacer.) Vamos,
pero... Gente viene... Y es él... Des-
dichada! ¡Todo se ha perdido!

D. GREGORIO.

¿Quien está ahí, eh? Calle! Rosi-
ta! ¿Pues como? ¿Qué novedad es
esta?

D^a. ROSA.

¿Qué le diré?

D. GREGORIO.

¿Qué haces aquí, niña?

D^a. ROSA.

Usted lo estrañará.

(Indica en la expresion de sus palabras que
va previniendo la fision con que trata de
disculparse.)

D. GREGORIO.

¿Pues no he estrañararlo? ¿Qué ha
sucedido? Habla.

D^a. ROSA.

Estoy tan confusa y...

D. GREGORIO.

Vamos, no me tengas en esta inquie-
tud. ¿Qué ha sido?

D^a. ROSA.

¿Se enfadará V. si le digo...

D. GREGORIO.

No me enfadare. Dilo presto. Va-
mos.

D^a. ROSA.

Sí, precisamente se va V. á enojar;
pero... Pues tenemos una huésped.

D. GREGORIO.

Quien?

D^a. ROSA.

Mi hermana.

D. GREGORIO.

Como!

D^a. ROSA.

Si señor, en mi cuarto la de-
jé cerrada con llave para que no nos dé
una pesadumbre. Yo iba á llamar á
doña Ceferina, la viuda del pintor, á
fin de suplicarla que me hiciera el
gusto de venirse á dormir esta noche
á casa; porque al cabo, estando ella

conmigo.... como es una muger de
tanto juicio, y...

D. GREGORIO.

Pero ¿que enredo es este, señor,
que hasta ahora lléveme el diablo si
yo he podido entender cosa ningun-
a?... ¿A qué ha venido tu hermana?

D^a. ROSA.

Ha venido... Mire V., le voy á re-
velar un secreto que le va á dejar
aturdido... Pero no se ha de enfadar
V., no?

D. GREGORIO.

Dale!... ¿Lo quieres decir, ó tratas
de que me desespere? ¿A qué ha ve-
nido tu hermana?

D^a. ROSA.

Yo se lo diré á V... Mi hermana es-
tá enamorada de don Enrique.

D. GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

D^a. ROSA.

Si señor. Hace mas de un año que
se quieren, y casi el mismo tiempo
que se han dado palabra de matrimo-
nio. Por esto fue la mudanza desde la
calle de Silva á la plazuela de Affigi-
dos, pretestando Leonor que queria
vivir cerca de mi casa, no siendo otro
el motivo que el de parecerla muy
acomodado este barrio desierto, adon-
de tambien se mudó inmediatamente
don Enrique, para tener mas ocasion
de verle y hablarle, aprovechándose
de la libertad que siempre la ha dado
el bueno de don Manuel.

D. GREGORIO.

Pero este don Enrique ó don de-
monio, ¿á cuantas quiere? ¡Si yo es-
toy lelo!

D^a. ROSA.

Yo le dire á V. Continuaron estos
amores hasta que don Enrique, celo-
so de un don Antonio de Escobar, ofi-
cial de la secretaría de Guerra, con

quien la vió una tarde en el jardin bo-
tánico, la envió un papel de despedi-
da lleno de espresiones amargas, y
desde entonces no ha querido volver-
la á ver. Parecióle conveniente ade-
más pagar con celos que él la diese,
los que le habia causado el tal don
Antonio; y desde entonces dió en se-
guirme adonde quiera que fuese, y
hacerme cortesías, y rondar la casa,
todo sin duda para que mi hermana
lo supiera y rabiase de envidia. Yo,
que ignoraba esto, bien advertí las
insinuaciones de don Enrique; pero
me propuse callar y despreciarle, has-
ta que informada esta tarde de to-
do por lo que me dijo Leonor (la cual
vino á hablarme muy sentida, cre-
yendo que yo fuese capaz de corres-
ponder á ese trasto), resolví decirle á
V. lo que á mí me pasaba, omitiendo
todo lo demas para que la estima-
cion de mi hermana no padeciese....
¿Qué hubiera V. hecho en este apuro?
¿No hubiera V. hecho lo mismo?

D. GREGORIO.

Con que... Adelante.

D^a. ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor
que inmediatamente haria saber al di-
choso don Enrique, por medio de V.,
cuanto me desagradaba su mal térmi-
no, se desconsoló, lloró, me suplicó
que no lo hiciese; pero yo le asegure
que no desistiria de mi propósito. Pen-
só llevarme á casa de doña Beatriz
para estorbármelo; V. no quiso que
fuera con ella, y no parece sino que
algun ángel le inspiró á V. aquella res-
pugnancia. Lo que ha pasado esta
tarde con el tal caballero bien lo sabe
V.; pero falta decirle que así que V.
me dejó para ir á verse con el escriba-
no, llegó mi hermana, la conté cuanto
habia ocurrido, y... Vaya, no es po-
sible ponderarle á V. la afliccion que

manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar á don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto que da al jardin. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirle.

D. GREGORIO.

Picarona! enredadora! desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué la has dicho?

D.^a. ROSA.

Amenazarla de que V. y D. Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

D. GREGORIO.

¿Y ella?

D.^a. ROSA.

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos no se irá. Que en hablando con D. Enrique y desvaneciendo sus quejas, ni á V., ni á D. Manuel, ni á todo el mundo teme.

D. GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas.... Pero ¿como he de sufrir yo en mi casa tales picardias? No señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que.... Vamos.

(Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.)

D.^a. ROSA.

No señor, por Dios, no entre V. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa, ó á lo menos á la de doña Beatriz, si teme que D. Manuel estrañe ahora su vuelta.

(Hace que se va hácia su casa y vuelve.)

D. GREGORIO.

Muy bien, aquí espero á que salga.

D.^a. ROSA.

Pero no se descubra V., no la hable, no se acerque, no la siga.... Si le viese á V. seria tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente.... Si ella quiere enmendar este desacuerdo, aun hay remedio, y mucho mas si ese hombre se va como ha prometido.... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero por Dios, retirese V. y no trate de molestarla.

D. GREGORIO.

¡Marta la piadosa!.... ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

D.^a. ROSA.

Es mi hermana.

D. GREGORIO.

¡Y que poco se parece á ti la dichosa hermana!.. Vamos, entra, y veremos si logras lo que te propones.

D.^a. ROSA.

Yo creo que sí.

D. GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

D.^a. ROSA.

No será menester. Voy allá... (Hace que se va y vuelve.) Pero repito que no se descubra V., ni la hostigue, ni...

D. GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

D.^a. ROSA, se encamina hácia su casa y vuelve.

Ah! mire V. Así que ella salga, en-

trese V. y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

D. GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

D.^a. ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á V. que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

D. GREGORIO.

A Dios, Rosita... Pero mira que si no sale...

D. ROSA.

Yo le aseguro á V. que saldrá.

(Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hácia su casa, impaciente del éxito.)

D. GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion.... ¡La niña y su alma!... Bien que ¿como habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido?... Mugerres! que mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os cela y os guarda!... Pero no señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon.... ¿Como he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada martes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que.... Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.)

D.^a. ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi es-

timacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho.... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aqui.

D. GREGORIO.

En efecto la echa de casa.... (Sale doña Rosa de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.) ¿Y adonde irá la doncellita menesterosa?... Ganas me dan de.... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(Los dos primeros salen de su casa.)

D. ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Si señor.

D. ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche.

(Cierra Cosme la puerta con llave.)

COSME.

¡Noche toledana!

D. ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(Doña Rosa, despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel: don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.)

D.^a. ROSA.

Él se acerca á la puerta de don Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible... (Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.) ¡Infeliz de mí!

D. ENRIQUE.

¿Quien es?

Yo.
D. ROSA.
D. ENRIQUE.
¿Doña Rosita?
D. ROSA.
Yo soy.
D. ENRIQUE.
A mi casa.
D. ROSA.
Pero ¿qué seguridad tendré en ella?
D. ENRIQUE.
La que debe V. esperar de un hombre de honor.

D. ROSA.
Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

D. ENRIQUE.
Está V. conmigo.... Pasará V. la noche en compañía de mi ama, muger anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez, y á él, á don Manuel, á su tutor de V., y á todo el mundo, les diré que es V. mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga V.

(Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.)

D. ROSA.
Allí está.
D. ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

D. ROSA.
Allí, allí.
D. ENRIQUE.

Sí, ya le distingo.... No hay que temer, quieto se está... ¡Y que bien hace en estarse quieto!... Adentro.
(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.)

D. GREGORIO.
Pues señor, se marchó á casa del galán. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡que regocijo siento

al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!.... Vamos á darle la infausta noticia.... (Se encamina á casa de don Manuel; despues se detiene.) No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo.... Al fin es hija de un amigo mio... Si, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el Comisario...

(Va en casa del Comisario y llama.)

ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO,
UN CRIADO, DON GREGORIO.

(Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.)

COMISARIO.
¿Quién anda ahí?

D. GREGORIO.

Ah! ¿No es V. el señor Comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de V.

D. GREGORIO.

Pues señor... Oiga V. aparte... (Se aparta con el Comisario á poca distancia de los demas.) Su presencia de V. es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce V. á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Sí, de vista la conozco y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

D. GREGORIO.

Hermano mio.

COMISARIO.

Oiga! ¿Es V. su hermano?

D. GREGORIO.
Para servir á V.
COMISARIO.
Para hacerme favor.
D. GREGORIO.
Pues el caso es, que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...

COMISARIO.
Calle! Don Enrique de Cárdenas: le conozco mucho.

D. GREGORIO.

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya V. conoce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO.

Sí... En efecto.

D. GREGORIO.

Ello hay de por medio no sé que papel de matrimonio; pero no ignora V. de lo que sirven esos papeles cuando cesa el motivo que los dictó... Eh! ¿me esplico?

COMISARIO.

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

D. GREGORIO.

Ahora mismo acaba de entrar.... Con que, señor Comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero... Ya ve V.

COMISARIO.

Sí, sí, es cosa urgente. Vamos.... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil... (Alza un poco la voz volviéndose hácia el Escribano que está detrás, el cual se acerca á ellos muy officioso.) Es escribano...

ESCRIBANO.

Escribano Real.

D. GREGORIO.
Ya.
ESCRIBANO.
Y antiguo.
D. GREGORIO.
Mejor.
ESCRIBANO.
Mucha práctica de tribunales.
D. GREGORIO.
Bueno.
ESCRIBANO.
Cocido en testamentarias, subastas, inventarios, despojos, secuestros y....
D. GREGORIO.
No, ahí no hallará V. cosa en que poder...
ESCRIBANO.
Y muy hombre de bien.
D. GREGORIO.
Por supuesto.
ESCRIBANO.
Es que...
COMISARIO.
Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligencia.

D. GREGORIO.

Yo aquí espero.
COMISARIO.

Muy bien.

(Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre, y entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

D. GREGORIO.

Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contaremos la amarga historia... (Llama en casa de don Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio se pasea esperando á su hermano.) Está? Que

baje inmediatamente, que le espero aquí para un asunto de mucha importancia... ¡Bendito Dios! ¡En lo que han parado tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Que lástima de tutor! Vaya sí... majadero mas completo y mas pagado de su dictamen... ¡Oh, señor hermano!

(Don Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato á ella.)

D. MANUEL.

Pero ¿que estravagancia es esta? ¿Porque no subes?

D. GREGORIO.

Porque tengo que hablarte y no me puedo separar de aquí.

D. MANUEL, adelantándose hácia donde está don Gregorio.

Enhorabuena... ¿Y qué se te ofrece?

D. GREGORIO.

Vengo á darte muy buenas noticias.

D. MANUEL.

¿De qué?

D. GREGORIO.

Sí, te vas á regocijar mucho con ellas... Dime, mi señora doña Leonor ¿en donde está?

D. MANUEL.

¿Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde, yo me vine porque tenía una porcion de cartas que escribir, y supongo que ya no puede tardar. De un instante á otro... Pero ¿á qué viene esa pregunta?

D. GREGORIO.

Eh! Así, por hablar algo.

D. MANUEL.

Pero ¿qué quieres decirme?

D. GREGORIO.

Nada... Que tú la has educado filosóficamente, persuadido (y con mucha razon) de que las mugeres necesitan un poco de libertad, que no es conveniente reprenderlas ni oprimir-

las, que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud, sino la indulgencia, la blandura y... en fin, prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡Ya se ve! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su maestro.

D. MANUEL.

Te aseguro que no comprendo á que propósito puede venir nada de cuanto dices.

D. GREGORIO.

Anda, necio, que bien merecido está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presunción... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes; y la otra, como una muger perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

D. MANUEL.

Si no me declaras el misterio, dígame que...

D. GREGORIO.

El misterio es que tu pupila no está donde piensas, sino en casa de un caballero, del cual se ha enamorado rematadamente; y sola y de noche, y burlándose de tí, ha ido á buscar mejor compañía... ¿Lo entiendes ahora?

D. MANUEL.

¿Dices que Leonor...

D. GREGORIO.

Sí señor, la misma...

D. MANUEL.

Vaya, déjate de chanzas, y no me...

D. GREGORIO.

¡Sí, que el niño es chancero!... ¡Se dará tal estupidez! Dígame á V., señor hermano, y vuelvo á repetírselo, que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galán, y está con él, y lo

he visto yo, y se quieren mucho, y hace mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio, á pesar de todas tus filosofías... ¿Lo entiendes?

D. MANUEL.

Pero es una cosa tan agena de verisimilitud...

D. GREGORIO.

Dale!... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo harán creer... ¡Como me repudre la sangre!... Amigo, dígame que los años sirven de muy poco cuando no hay esto, esto.

(Señalándose con el dedo en la frente.)

D. MANUEL.

Ello es que tú te persuades á que...

D. GREGORIO.

Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gastemos prosa: ven y lo verás, y en viéndolo, espero y confío que te persuadirás tambien. Vamos.

(Se encamina á casa de don Enrique, y despues vuelve.)

D. MANUEL.

¡Haber cometido tal exceso, cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

D. GREGORIO.

Ya temia yo que no habia de ser creído, y que perderíamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa muger, si quiera por lo que me interesa su pobre hermana, he dispuesto que el Comisario del cuartel vaya allá, y vea de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

D. MANUEL.

¿Eso hay?

D. GREGORIO.

Toma! Ya están allá el Comisario

y un Escribano que venia con él... Digo, á no ser que V. halle en sus libros algun texto oportuno para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño deslizo, y casarse con ella... Eh?

D. MANUEL.

Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño. Pero á pesar de cuanto dices, todavia no me puedo reducir á...

D. GREGORIO.

¡Que terco es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa impertinente. *(Se encamina con su hermano hácia casa de don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el Comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena III.)*

ESCENA V.

EL COMISARIO, UN CRIADO,
D. GREGORIO, D. MANUEL.

COMISARIO.

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia. Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

D. GREGORIO.

¿Qué te parece?

D. MANUEL, reprimiéndose.

¿Qué me ha de parecer?... Que se casen.

D. GREGORIO.

Pues, señor, que se casen.

COMISARIO.

Diré á V., señor don Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi muger y de mis hijas, estaria, si no con las comodidades

que merece, á lo menos con la que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si V. permite que vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á V. para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

D. MANUEL.

Ninguna..... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO.

Volveré con ella muy pronto.
(Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.)

D. GREGORIO.

No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cual es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa despues de lo que ha hecho; que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela despues tal y tan buena?... Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya..... No puede ser.

D. MANUEL.

No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien... Yo la recibo por la misma razon: para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder, comparado al suyo.... Pero... Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

D. GREGORIO.

Calla, que... (Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.) Sí... Ahí la tienes. Pídelas perdón.

D. MANUEL.

Yo!; Que mal me conoces!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

D. MANUEL.

Leonor, no temas ningún exceso de cólera en mí, bien sabes cuanto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de tí tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme, y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te dare en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo el esposo que has querido elegir.

D. LEONOR.

Yo no entiendo, señor don Manuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Que accion indecorosa? que agravio? que esposo es ese de quien V. me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de V., mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo ha-

cer ni pensar cosa ninguna impropia de una muger honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

D. MANUEL, volviéndose á don Gregorio.

¿Oyes lo que dice?

D. GREGORIO, acercándose á doña Leonor.

Ya se ve que lo oigo..... Con que, Leonorcita... Ahorremos palabras..... ¿De donde vienes, hija?

D. LEONOR.

De casa de doña Beatriz.

D. GREGORIO.

¿Ahora vienes de allí, cordera?

D. LEONOR.

Ahora mismo... ¿No ve V. á Pepe que nos ha venido á acompañar?

D. GREGORIO.

¿Y no sales de casa de don Enrique?

D. LEONOR.

¿De quien? ¿De ese que vive aqui en... Eh! no por cierto.

D. GREGORIO.

¿Y no habeis concertado vuestro casamiento á presencia del Comisario?

D. LEONOR.

Me hace reir... ¿Ves que desatino, Juliana?

D. GREGORIO.

¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

D. LEONOR.

Muchísimo tiempo... ¿Y qué mas?

D. GREGORIO.

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? y no te hicieron salir de allí? y no te fuiste derechita á la de tu galán? y no te ví yo?

D. LEONOR.

Esto pasa de chanza. V. no sabe lo que se dice... (Asiendo del brazo á don Manuel se dirige hácia su casa.)

Vamos á casa, don Manuel, que ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenia: vamos.

ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL ESCRIBANO, COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

(El criado saldrá con linterna. La luz del teatro se duplica.)

D. ROSA.

Leonor!... Hermana!...

(Corriendo hácia doña Leonor la coge de las manos y se las besa.)

D. GREGORIO.

Huf!...

(Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de confusion.)

D. ROSA.

Yo espero de tu buen corazon que has de perdonarme el atrevimiento con que me valí de tu nombre para conseguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

D. LEONOR.

Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que has hecho no me parece desacertada: repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

D. ROSA.

Cuanto digas es cierto, pero.... (Volviéndose á don Gregorio que permanece absorto y sin movimiento.) V. ha sido la causa de tanto error, V.... No me atreveria á presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acaó de hacer, aunque le disguste, le sirvo....

La aversion que V. logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices.... Tal vez V. me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera V. sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

D. ENRIQUE.

Dice bien, y V. debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

D. MANUEL, acercándose á don Gregorio.

Esto pide resignacion, hermano.... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

D.^a. LEONOR.

Y hará muy mal en no conformarse; porque ni hay otro remedio á lo su cedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA.

Y conocerá que á las mugeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡ Hombre mas tonto!

COSME, hablando con Juliana.

Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

D. GREGORIO.

(No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energia de su expresion.)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita muger... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y.... Ah! desdichado del que á vista de lo que á mi me sucede se

fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicias y picardias: sexo engañoso, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio si quiere llevárselo.

(Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.)

D. MANUEL.

No dice bien... Las mugeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor Comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

D.^a. ROSA.

¿La mía no mas?

D. MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha con tanta dificultad creida, no seria don Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

D.^a. LEONOR.

Hoy es dia de perdonar.

D.^a. ROSA.

Si, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

D.^a. LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

D. MANUEL.

¡ Querida Leonor!

(Se abrazan don Manuel y doña Leonor.)

JULIANA.

¡ Escelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

El Médico á palos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Agdo. 1625 MONTECENES, MEXICO